

desaparecidos aquellos monjes, que seguramente perdidos en aquellas inmensidades, jamás volvieron a tener comunicación con su punto de origen, y adulteradas por aquellas razas bárbaras, vieron y recogieron esas tradiciones nuestros cronistas de indias y el espíritu crítico histórico del siglo XIX.

Se ha dicho que los lamas del Tibet, tenían descrita la América en códices que datan de los primeros siglos de la Edad Media. Nada de esto se ha probado; pero sí creemos que puede ya afirmarse, que a las costas americanas del Pacífico, arriban por esa época, hombres procedentes del continente asiático, y que según todos los cálculos de probabilidades que pueden hacerse jamás volvieron a su tierra de origen y, por consiguiente, América sólo fué descubierta y comenzó a visitarse a partir de Colón.

Y no debemos asombrarnos, al suponerse que aquellos hombres cruzaron los mares voluntariamente y por espíritu de proselitismo religioso. El espíritu religioso ha sido siempre el móvil gigantesco de los hechos humanos. En arte, y en el Egipto, levanta las pirámides apoteosis del misterio de la tumba; en Caldea construye el zigurat para arrancar a la bóveda celeste la mecánica de las constelaciones; en Atenas el Partenón, símbolo de la armonía entre las fuerzas sobrenaturales y las humanas; en la Edad Media, la magnífica y desgajada florescencia del templo gótico, y en el siglo XVI, cuando se añora el mundo clásico, hace surgir en la Ciudad Eterna la nave y la cúpula imponente del Vaticano. Todo pasa. Las razas, las civilizaciones, los pueblos, el hombre, y solo el ideal perdura sobre todo.

Contestación de D. Antonio Gil Muñiz

Señores académicos: Señoras y señores:

La Academia de Córdoba—este viejo hogar de cultura—se viste hoy de gala para recibir a un hijo de esta ilustre tierra que por sus propios méritos ha sido elegido para ocupar el sillón que con su óbito dejara vacante el eximio historiador don Rafael Ramírez de Arellano.

Don Vicente Orti Belmonte, asume en este caso su propia y valiosísima representación, al mismo tiempo que la de una familia de trabajadores intelectuales, esforzados y fervorosos de su tierra natal a la que han dedicado los frutos mejores de su talento y las mejores flores de su afecto y predilección.

Córdoba, que en el aspecto espiritual y de producción intelectual ha tenido suerte singular—la suerte sabemos que con frecuencia es hija de los méritos—ha manifestado su fecundidad no sólo en individuos aislados de destacada personalidad, sino que para probar que tales superioridades no eran hijas de la casualidad sino producto de una personalidad racial, con frecuencia presenta en su historia el fenómeno de familias blasonadas con los más altos timbres del saber, del talento o de la inspiración. Y sin necesidad de acudir a las páginas del pasado, en nuestros días y la mayor parte de las veces en nuestra generación, la existencia de los Ramírez de Arellano, de los Lovera, de los Rey, de los Castejón, de los La Torre y de los Orti Belmonte, entre otras, no desmienten nuestra afirmación.

El nuevo académico, doctísimo en materia artística que enseña en su Escuela de Artes y oficios con insuperable maestría pedagógica, ha sido en sus años mozos poeta de inspiración que puso siempre en objetos altos y dignos de ser cantados. Objetos, que por otra parte, se ofrecen a los hijos de esta noble y privilegiada tierra en profusión singular, lo mismo cuando miran retrospectivamente la gloriosa historia de su ciudad natal que cuando saliendo del recinto glorioso de la urbe posan sus ojos sobre las bellezas con que la naturaleza quiso hacer gala de sus mejores dones. Y si a la condición de meridionales, agregamos incentivos tan poderosos, no hay que extrañar que los jóvenes de intenso valer que abrieron sus ojos en esta ilustre e hidalga ciudad, irrumpen en la vida artística cantando con inspiración los variados y sugestivos temas que la urbe ofrece a la emoción juvenil.

Orti Belmonte pertenece a una generación—la mía, de que me siento orgulloso—que todavía ha sido sensible a la emoción inefable de lo poético; a una generación que mostró su juventud cantando con inspirados acentos los más nobles estados del alma y las más bellas realidades exteriores; a una generación en la que los que no han tenido inspiración poética, como sucede al que esto escribe, se han contentado con leer y recitar versos de los favorecidos por el estro divino, que para el caso es igual,

pues para las satisfacciones del alma que solo busca la emoción artística, es lo mismo que la producción sea nuestra por naturaleza o que lo sea por adopción.

Como profesor de Teoría e Historia de las Bellas Artes, pertenece el señor Orti Belmonte a la nueva escuela pedagógica que busca la eficacia máxima de su obra en la compenetración espiritual con los numerosos alumnos que diariamente asisten a su cátedra; escuela pedagógica que abandonando por ineficaz el viejo sistema del discursio a todo pasto, apela al trabajo constante y personal con el discípulo, excitándolo a la propia elaboración, insinuándole con la propia acción el camino más florido que espinoso, que todo espíritu debe seguir para el dominio de una disciplina del saber, cualquiera que ésta sea. Y por eso en su cátedra de Historia del Arte hay dos elementos fundamentales: la palabra persuasiva, tranquila y asesegada de maestro doctísimo del señor Orti y el aparato de proyecciones.

Ante la imposibilidad de que el alumno pueda contemplar las grandezas artísticas que la civilización humana, generación tras generación, dejó en la tierra como vestigio de su constante anhelo por lo bello, la pantalla reproduciendo esas bellezas, pone al discípulo guiado por el saber sugestivo de don Vicente Orti en condiciones de clasificar y, lo que es más importante, de sentir la obra de arte.

Y en este aspecto del nuevo académico sería injusto olvidar que el material de tres o cuatro mil positivas que reproducen la historia del sentimiento de lo bello en la humanidad, ha sido fabricado con técnica y destreza singular por el mismo señor Orti, fotógrafo formidable, y que como maestro de noble estirpe sabe que no hay mejor material ni de tan fecundo resultado como el que uno mismo se prepara. Y puesto en la labor ha realizado el milagro de llegar a perfeccionarse en el método alemán de los autocromos, produciendo unas positivas que reproducen el más brillante colorido de los cuadros con sensaciones de realidad que maravillan al que las contempla.

Como profesor—aunque el señor Orti Belmonte hizo su licenciatura en Madrid—pertenece a esa escuela brillantísima de profesores e investigadores formada al calor del prestigio y altísimas cualidades pedagógicas del profesor de la Universidad hispalense señor Murillo.

Su labor de profesor, sus bellas monografías sobre cuestiones artísticas cordobesas, sus lecciones fuera del ámbito de su Es-

cuela, como las que dió en años anteriores en el viejo y evocador local de nuestra propia Academia y toda su idealidad fervorosa de artista, de poeta y de amante de su ciudad natal, hacen que pocas veces se abran las puertas de la Academia con mayor júbilo por parte de los que constituyen la docta Corporación, como en el caso presente en que entra a formar parte de este núcleo intelectual que mantiene el fuego sagrado de la tradición cultural de Córdoba, un hijo de la tierra con un historial brillantísimo y con unas cuartillas en la mano, en las que expone ideas originales y aportaciones metódicas al problema sugestivo de los orígenes de la civilización americana; documento cuya lectura acabais de escuchar y cuyo contenido acabais de admirar. Es una síntesis de la personalidad que como historiador del arte y como crítico tiene bien adquirida el señor Orti.

Esta personalidad del nuevo académico me ha inspirado el deseo, como modesto homenaje a su persona, de desarrollar someramente el tema de la educación artística de tan subido valor en nuestro país y en los tiempos que vivimos.

Ante todo deberemos afirmar que frente a una educación metódica de la emoción artística existe otra menos regulada y ortodoxa, menos estricta y por ende más difusa que se recibe de la influencia educadora del ambiente, de esa serie de colaboradores de la educación, que con razón se han llamado ocultos y que aunque su completa enumeración sería muy difícil, se encuentran en cuantos medios vive y se desarrolla el muchacho—sin contar, claro es, la familia y la escuela que son factores manifiestos y determinados en la educación del hombre—en la calle, en el jardín, en el teatro, en el trato con sus iguales y con los mayores, en el periódico, en las revistas, en el museo, en el libro, en el ambiente natural y en cuanto rodeando la vida del joven, está influyendo favorable o adversamente en la educación de su sensibilidad.

No hay que decir que a ningún gran educador hubo de escapársele la influencia con que estos elementos, tan varios y al parecer divergentes del ambiente educador, actuaban en la formación del educando y sobre todo en lo que podríamos llamar su facultad emocional, y por ello cuantos se plantearon en la vida el problema de una educación más perfecta se sintieron estimulados a rodear al educando de un ambiente que, recogiendo esos elementos difusos, los hiciera converger a las finalidades educativas que se proponían.

¿Existe realmente una orientación metódica para educar artísticamente al niño de nuestras escuelas primarias? Ha preocupado el problema de la educación de la emoción en las reformas de la Segunda Enseñanza? Se hizo algo durante años y años para conseguir que el mismo estudiante universitario dedicara siquiera una hora de cada día a la pura ilusión del arte tan necesaria para los que dedican sus horas laboriosas a la especulación científica?

Por lo que se refiere a la escuela primaria y fijándonos en la educación musical de nuestros niños, el desánimo se apodera de nosotros y nos lleva a la conclusión de que la introducción de tan bello arte en el programa escolar hace treinta años no ha producido efecto alguno de verdadera educación artística en las muchedumbres de criaturas que generación tras generación han pasado por la mayoría de nuestras escuelas.

Un pueblo, con cuyas ideas y sentimientos de imponderable elevación todavía nos nutrimos, Grecia, conceptuó que la música —en el más amplio y bello sentido de culto a las musas— juntamente con la gimnasia —que alcanzó igualmente un desiderátum verdaderamente artístico— constituían los dos polos de toda educación, y los llevó tan a la práctica por lo que a la música se refiere, que hasta sus leyes se promulgaban cantando y conceptuó incompleta toda educación en la que la música no fuera parte importante, ya que ella no era solo generadora de las más puras e ideales emociones, sino elemento práctico de proporción, de ponderación, de equilibrio, de ese no igualado equilibrio por ningún otro pueblo y que en Grecia produjo aquella personalidad de elegancias indescriptibles, de proporciones majestuosas y de equilibrios bellísimos admiradas por los pueblos y las generaciones posteriores sin lograr informar su educación en el espíritu que supo crear en Grecia aquellos maravillosos ejemplares de hombres.

Y es que ningún recurso artístico, ningún método conducente a elevar la espiritualidad colectiva fué ignorado por aquel pueblo genial que cuando tuvo que poner un defecto a su gran Temístocles no encontró otro más hondamente grave que el que no supiera cantar.

Nuestros niños cantan poco, poquísimo. Nuestras niñas ni siquiera van cantando las pintorescas canciones que matizaban sus juegos de dulces armonías y que predisponían sus almas a la solidaricad y convivencia social. Se reúnen nuestros discípulos

de las escuelas medias y no saben cantar medio afinadamente una canción. Nuestros cantos populares, los cantos regionales que entre sus notas aprisionan raudales de emotividad hispana apenas si gustan a las gentes del día, que es posible motejen de cursi a la jota—eco vibrante de un pueblo y casi canto heroico de nuestra raza—, para escuchar anonadados por la emoción rampones cuplés exóticos desprovistos de arte y de gracia cuando no ayunos de todo principio de moral.

Con verdadera envidia hemos contemplado en el extranjero las masas corales formadas en las escuelas, las que cuentan con bellos repertorios de ritmos adecuados a las letras poéticas que atañen ora a la formación del futuro ciudadano, ya a los estímulos de su patriotismo, ya a los sentimientos de amor a la ciudad natal, al trabajo o a lo más hondo y profundo que con el hombre se relaciona, haciéndole entonar a los jóvenes canciones religiosas matizadas de la más pura, dulce y bienhechora religiosidad.

No hay que entrar en la concepción artística de Jacques Dalcroze que allá en Ginebra, la ciudad que recostada en su lago —espejo de tersura maravillosa—, guarda entre sus encantos un misterio fascinador que parece predisponerla a los más originales e inquietadores ensayos educativos. Y no quiero hablar de Dalcroze, porque su concepción educativa es el culminar de una educación artística que desde hace muchos años se da a los niños ginebrinos y que ahora, con la concepción pedagógico musical del gran educador suizo, se satura de las notas magníficas e insuperables de la educación griega.

Preocupación honda fué ésta de la educación musical de todos los grandes educadores y en los tiempos modernos ejemplo vivo de estas inquietudes es María Montessori. Como es harto sabido, la gran educadora de párvulos, da a cuanto rodea al niño, un sentido simbólico y profundo, y por eso ha elegido para la distinción de los ruidos el tambor, que es símbolo de la guerra y para la de los sonidos la campana que es símbolo del amor, pues ella con su dulce tañer llama a las almas cristianas a la oración, y si el tambor—aunque esto no lo diga la Montessori—suena bronco como voz agotada por la rabia, la campana suena dulce y vibra al unísono de las almas y suena distinta en cada lugar y ritmo de distinta manera en cada espíritu, variando su timbre metálico en cada pueblo y en cada ciudad, en la ermita solitaria o en la aldea abandonada. Y como las almas son reso-

nadores o antenas delicadísimas que recogen cuanto se produce en el mundo exterior para constituir en cada uno su propio mundo, suenan las campanas alborozadas y revoltosas en las almas de los niños, suaves y poéticas en las de los jóvenes, místicas en las almas piadosas, tristes en las doloridas y aun en cada momento de nuestra vida el sonar de las campanas tiene un eco distinto en nuestra almas al compás de los sentimientos y emociones que en ella dominan.

Dejando aparte las muy conocidas lecciones del silencio, practicadas ya en muchas escuelas españolas y que tienen un valor artístico, porque el silencio predispone a la emoción, no debemos olvidar que María Montessori, como buena italiana, ha preconizado el uso en la escuela del arpa o de la lira. De esta última dice: «que es el instrumento de la vida íntima individual, que la leyenda pone en manos de Orfeo, la fábula en los dedos de las hadas y la novela entre las ágiles manos de una princesa que conquista el corazón de un príncipe en los tiempos en que la humanidad vivía una vida sencilla y pacífica, comparable a la sencilla vida de los niños.

En España, más que en parte alguna, la música había de producir en las masas populares un efecto educativo que corrigiera el al parecer incorregible individualismo español. Habría de solidarizarnos los unos a los otros en esa acción colectiva. El canto coral es el tributo artístico que el individuo rinde a la colectividad.

Toda la educación es, señoras y señores, obra artística que vale lo que vale el alma del que la realiza. Si en ella existe una preceptiva como en todas las artes y si como en todas, también en la educación, esa preceptiva tiene un subido valor, no es menos indudable que en la realización artística que el educador se propone por encima de didácticas y metodologías, por encima de reglas y preceptos y aun por encima de las mismas lecciones de la experiencia, está ese factor emocional de idealidad en la obra, de fe en las realizaciones, de inspiración, de todos esos elementos que llevan el alma creadora a la producción de una obra, a la exteriorización de lo que bien dentro de ella nació y que en resumidas cuentas es la producción artística. Y si ello es así, ¿por qué la teoría y crítica de las bellas artes no sustituye a alguna de las repetidas e innecesarias disciplinas que ocupan lugar indebido en nuestras Normales y casi lo mismo podría decirse de los Institutos?

Esta disciplina daría a los jóvenes de nuestras enseñanzas medias un sentido más depurado, más desinteresado, más profundamente humano de la vida. No se hable de necesidades positivas, porque el positivismo lo mismo filosóficamente que en su acepción vulgar es la sima de la actual civilización, anhelante, febril, nunca saciada de progreso material y falta de ese aleteo misterioso que produjo en el pasado las obras carentes de colosalidad, pero saturadas de espíritu, como salidas de la propia creencia y de un concepto idealístico más que de una concepción económica en el peor y menos deseable sentido de la palabra.

El arte para los futuros maestros sería el estímulo más fuerte para que ellos a su vez fueran artistas. Un maestro español que fué poeta entere los poetas, que fué maestro insigne porque fué insigne poeta, Gabriel y Galán, el que cantó los campos de onduladas mieses, el que hizo vibrar su lira al compás de su alma, perceptora de todas las emociones que las tierras pardas castellanas guardan, para el que sabe contemplar sus vastas perspectivas serias y sus hondas soledades castas, Gabriel y Galán digo, nos ha dejado en su Cristo de Velázquez la maravillosa descripción de como se produce la obra de arte, de como se crea, de como surge la obra bella. Se crea con el amor, como creó Velázquez a su Cristo, como Montañez a los suyos, como Berruete, como Mena, como Cano crearon sus obras nacidas del alma más que del cincel.

Lo amaba, lo amaba,
No fué solo milagro del genio;
Lo intuyó cuando estaba dormido
Porque solo en las sombras del sueño
Se nos dan las sublimes visiones,
Se nos dan los sublimes conceptos.

Y el poeta nos dice que sin amor no hay sueño, sin fuego no hay creación, sin alas no se vuela, sin el aliento fecundo del amor no hay vida. Y esos amores y esas creaciones y esos vuelos y esos alientos vienen del arte, por eso pedimos educación artística para los futuros escultores del alma nacional.

Un instinto, de amor a lo bello, tanto como de cuidadoso afán por la salud de ese ser sugestivo objeto de nuestros amores que llamamos niño, llevó a los grandes educadores a anhelar

para la obra de la educación la vida campesina. Rousseau—que nunca fué un educador ni pudo serlo, sino un ensayista de la educación—, puso a su Emilio en plena naturaleza. Pestalozzi, en la mayor parte de su obra educativa, buscó la proximidad de esa naturaleza suiza que es más bella que cuantas bellezas imaginó el calor de la mente humana aun en sus más bellas producciones. Froebel no concibió la labor educativa sin un jardín; jardín de niños llamó a su escuela; como flores conceptuó a los pequeños y jardineras de niños llamó a las maestras, dando a entender con ese nombre cuánta delicadeza, cuánto instinto de lo bello, cuánto calor debe atesorar el alma de la que educa, que sin las tendencias líricas del más delicado poeta, sin los misticismos del más religioso fervor, sin los ideales y sin la fe robusta de los que anhelaron y soñaron con lo infinito no debe recibir el nombre de maestra.

¿Y don Francisco Giner, no tuvo en su ejemplar vida de educador la obsesión del arte y la de la naturaleza conceptuándolas como las dos fuerzas que bien dispuestas habían de incubar una humanidad mejor? ¿Y nuestro don Andrés Manjón—San Andrés Manjón—, no buscó en los torreones bermejos de la Alhambra y en los cristales del Darro—que todavía rumorean los ecos de nuestra más bella página histórica—la inspiración de santidad infinita de su obra?

Inspirémonos en estos modelos e injertemos en nuestra civilización cristiana el espíritu ático del gran pueblo heleno y nuestra civilización estará salvada.

¿En dónde radicó el secreto de la educación artística ateniense que facilitó aquella eclosión sin igual de cuanto más bello encierra la sensibilidad humana? En no desperdiciar ningún recurso, ningún medio, elemento alguno de los que reunidos modelan un pueblo en la más bella y admirable formación total humana. Aprovechó los recursos de su magnífica lengua, el saber de sus filósofos, las estrofas eternas de sus épicos, los cantos de sus líricos, las formas eternas de sus escultores, las armonías de gracia sin igual de sus arquitectos... todos los momentos, todas las situaciones, hasta las más trágicas fueron piezas del mosaico sugestivo que se llamó genio griego.

Su religión de mitos maravillosos dió pasto a su fantasía y fué alimento inagotable de sus poetas y artistas. Sus fiestas, como las imponderables de los Juegos olímpicos, motivo de emociones artísticas inquietadoras de la misma masa ciudadana. Un

pueblo que empieza su vida histórica con un libro en la mano vaticina una personalidad singular y un genio soberbio; y Grecia inicia las maravillas de su historia con los cantos de una rapsodia que acompaña las notas dulcísimas de su lira narrando a las gentes—que escuchan en el ágora con presentimientos de su grandeza—bellos momentos de la guerra de Troya y aventuras heroicas del prudente Odiseo.

Y si sabemos enlazar todos estos elementos como los griegos supieron hacerlo, si sabemos conectarlos con los nuevos gérmenes que el vivir va produciendo, se traducirá toda nuestra vida en una modalidad superior, cuya denominación más apropiada será la de artística, honda e ilimitadamente artística.

En la cúspide del sentir humano, como dos gallardetes que muestran la gloria de nuestra estirpe, dos emociones reinan con superioridad manifiesta: el amor a lo bello y el amor a Dios y toda educación que prescindiera de tales amores engendrará en las almas dolor sin consuelo, sed sin satisfacción, desilusión sin remedio... La máxima aspiración del educador debe ser la felicidad del discípulo, conseguida la cual podrá decir como la Mistral que su alumno es su mejor verso.

HE DICHO.

